

843
9
21

PO 2227
N. 5
S. 6
V. 1

Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

286-3
1971

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Funda. 1625 MONTERREY, MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

La sala de los Relojes

En una gran sala del palacio de Versalles, llamada la sala de los relojes, se paseaba un joven con los brazos colgando y la cabeza inclinada. Tenía al parecer sobre 16 á 17 años, y su color era sonrosado, sus ojos lánguidos y su modo de andar ordinario.

Sobre su pecho brillaba, realzada por el terciopelo carmesí de su uniforme, una placa de diamantes, mientras que el cordón azul caía sobre su cadera rozando con la cruz que sostenía una chupa de raso blanco bordada de plata.

Nadie hubiera podido desconocer ese perfil á la vez severo y noble, majestuoso y risueño que formaba el tipo característico de los Borbones de la primera rama, y de los cuales era á un tiempo la imagen más viva y exagerada el joven que presentamos á la vista de nuestros lectores; sólo con ver la filiación, tal vez degenerada, de esos nobles rostros desde Luis XIV y Ana de Austria, se hubiera podido decir que el de que

nos ocupamos no podía transmitir sus facciones á un heredero sin una especie de alteración del tipo primitivo, sin que la hermosura natural de este tipo, de que él era la última prueba, se cambiase en una figura de facciones exageradas, sin que el dibujo, en fin, llegase á ser una caricatura.

En efecto, Luis Augusto, duque de Berry, Delfín de Francia, que fué después el rey Luis XVI, tenía la nariz borbónica, más larga y aguileña que los de su raza; su frente, ligeramente aplastada, era mucho más espaciosa que la de Luis XV, y tenía tan marcada la doble barba de su abuelo, que, aunque delgada todavía en aquella época, ocupaba una tercera parte de su rostro.

Además, su andar era lento y embarazoso; aunque erguido en su talle, parecía torpe en el movimiento de sus piernas; sus brazos solamente, y sus dedos sobre todo, tenían la actividad, la flexibilidad, la fuerza, y, por decirlo así, esa fisonomía que en los demás se halla escrita sobre la frente, la boca y los ojos.

El Delfín se paseaba silenciosamente por aquella sala de los relojes, por aquella misma sala donde ocho años antes había entregado Luis XIV á madama de Pompadour el decreto del Parlamento que desterraba á los jesuitas del reino, y mientras recorría aquella sala meditaba.

Sin embargo, acabó por cansarse de esperar, ó más bien de pensar en lo que le ocupaba, y mirando alternativamente los relojes que decoraban la sala, se divirtió, como Carlos V, en observar las diferencias, siempre invencibles, que conservan entre sí los relojes mejor arreglados; manifestación extraña, pero sencillamente formulada, de la desigualdad de las cosas materiales, arregladas ó no por la mano de los hombres.

Paróse de pronto delante del gran reloj situado entonces en el fondo de la sala, en el mismo sitio donde está hoy todavía, el cual, por medio de una hábil combinación de mecanismos, señala los días, los meses, los años, los cuartos de luna, el curso de los planetas, en fin, todo lo que interesa á esa otra máquina mucho más sorprendente que se llama hombre en el movimiento progresivo de su vida hacia su muerte.

El Delfín contemplaba á fuer de aficionado aquel reloj que siempre había cautivado su admiración, y se inclinaba tan pronto á la derecha como á la izquierda para examinar tal ó cual rueda, cuyos dientes, agudos como finas agujas, mordían otro resorte más fino. Después de examinar bien este lado del reloj, se puso á mirarlo de frente, y á seguir con la vista el escape de la aguja rápida que se deslizaba sobre los segundos, semejante á esas moscas de agua que corren sobre los estanques y las fuentes con sus largas patas, sin arrugar siquiera el líquido cristal sobre que se agitan incesantemente.

De aquella contemplación al recuerdo del tiempo trascurrido no había mucha distancia. El Delfín se acordó de que hacía ya muchos segundos que estaba aguardando.

Paróse de repente la aguja sobre que el joven príncipe tenía fija la vista.

En aquel mismo instante, como por encanto, las ruedas de bronce cesaron en su rotación de equilibrio, los ejes de acero descansaron en sus agujeros de rubíes, y un profundo silencio reinó en aquella máquina, donde poco antes hormigueaban el ruido y el movimiento. Habían cesado los sacudimientos, las ondulaciones, las repercusiones de los martillos y el movimiento rápido de las agujas y ruedas.

La máquina estaba parada y el reloj muerto.

Algún grano de arena fina como un átomo habría entrado en el diente de una rueda, ó acaso el genio de aquella maravillosa máquina descansaba fatigado de su eterna agitación.

Al ver el Delfín esta muerte repentina, esta apoplejía fulminante, olvidó completamente el objeto de su venida y hasta el tiempo que había trascurrido desde que esperaba, se olvidó sobre todo de que la hora no es lanzada en la eternidad por los sacudimientos de un volante, ó retardada sobre la pendiente de los tiempos por el decreto momentáneo de un movimiento de metal; sino que está muy bien marcada sobre el reloj eterno, que ha precedido á los mundos y que debe sobrevivirles, por el dedo eterno é invariable del Todopoderoso.

En su consecuencia, comenzó por abrir la puerta de cristal de la Pagoda donde dormía el genio, y metió la cabeza en el interior del reloj para ver desde más cerca, si bien no tardó en ser entorpecido é incomodado en su observación por el gran volante.

Entonces deslizó delicadamente sus dedos tan inteligentes por la abertura de bronce y desató el volante.

Esto no bastaba; pues por más que miró el Delfín por todos lados, la causa de aquel letargo permaneció invisible á sus ojos.

El príncipe supuso entonces que el relojero de Palacio se había olvidado de subir la péndula, y que ésta se había parado naturalmente. Tomó entonces la llave colgada en su zócalo y comenzó á subir los resortes con el aplomo y la seguridad de un inteligente; pero después de dar tres vueltas, fué preciso detenerse, pues era prueba de que el mecanismo estaba sometido á un accidente desconocido, y el resorte, aunque tirante, no volvió á funcionar más.

El Delfín sacó de su bolsillo un pequeño raspador de concha con hoja de acero, y con la punta dió vuelta á una rueda. Todas las ruedas chillaron por espacio de medio segundo, y después se pararon.

La indisposición del reloj era seria.

Entonces con la punta de su raspador principió Luis á desmontar muchas piezas, cuyos tornillos colocó cuidadosamente sobre una consola.

Después, arrastrándole su entusiasmo, continuó desmontando la complicada máquina y visitó hasta sus rincones más secretos y misteriosos.

De repente lanzó un grito de alegría; acababa de descubrir que un tornillo de presión, al jugar en su espiral, había aflojado un resorte y detenido la rueda motriz.

Entonces se puso á apretar el tornillo.

En seguida, con una rueda en la mano izquierda y su raspador en la derecha, volvió á meter su cabeza en la caja.

Aquí llegaba en su tarea, absorto en la contemplación del mecanismo, cuando se abrió la puerta y gritó una voz:

— El rey.

Pero Luis no oyó más que el tic-tac melodioso nacido bajo su mano como el latido de un corazón que un hábil médico vuelve á la vida.

El rey miró á todos lados y por algún tiempo estuvo sin ver al Delfín, del cual sólo se veían las piernas abiertas, pues el tronco del cuerpo estaba oculto por el reloj, y la cabeza perdida dentro de la caja.

Aproximóse sonriendo y tocó en las espaldas á su nieto.

— ¿Qué diablo haces ahí? le preguntó.

Luis se retiró precipitadamente, si bien con todas las precauciones necesarias para no estropear nada

del hermoso mueble cuya restauración había emprendido.

— Ya lo ve V. M., dijo el joven avergonzado de haber sido sorprendido en aquella ocupación; me distraía mientras veniais.

— Sí, ¡ en estropear mi reloj! ¡ linda diversión!

— Todo lo contrario, señor, lo estaba componiendo. La rueda principal no funcionaba ya, pues estaba entorpecida por este tornillo que ve V. M. He apretado el tornillo, y ahora marcha perfectamente.

— Pero vas á quedarte ciego mirando allí dentro. Por todo el oro del mundo no metería mi cabeza en semejante avispero.

— Señor, no tenga V. M. cuidado. Yo soy quien desmonta, vuelve á montar y limpia ordinariamente el magnífico reloj que V. M. me regaló el día que cumplí catorce años.

— Sea, pero deja momentáneamente tu mecánica, si es que quieres hablarme.

— ¿ Yo, señor? dijo el joven avergonzado.

— Sin duda, puesto que me han mandado decir que me esperabas.

— Verdad es, señor, contestó el Delfín bajando los ojos.

— Y bien, ¿ qué me querías? Responde. Si nada tienes que decirme, me marcho á Marly.

Y ya Luis XV trataba de evadirse, según su costumbre.

El Delfín dejó su raspador y su rueda sobre un sillón, lo que indicaba que tenía efectivamente alguna cosa importante que decir al rey, puesto que interrumpía su interesante tarea.

— ¿ Necesitas dinero? preguntó vivamente el monarca. Si es eso, espera, voy á enviártelo.

Y Luis XV dió un paso más hacia la puerta.

— ¡ Oh! no, señor, contestó el joven Luis: tengo todavía mil escudos de mi pensión del mes.

— ¡ Qué económico! exclamó el rey; ¡ y qué bien me lo ha educado M. de Lavanguyón! En verdad, creo que le ha dado precisamente todas las virtudes de que yo carezco.

El joven príncipe hizo un esfuerzo violento sobre sí mismo.

— Señor, dijo, ¿ se halla todavía muy lejos la señora Delfina?

— ¿ No lo sabes tú lo mismo que yo?

— ¿ Yo? preguntó el Delfín con cierto embarazo.

— Sin duda; ayer nos leyeron el boletín del viaje; debía pasar el lunes último por Nancy, y ahora debe estar á cuarenta y cinco leguas de París poco más ó menos.

— Señor, ¿ no parece á V. M., continuó el Delfín, que la Delfina viene con demasiada lentitud?

— No, no, dijo Luis XV; me parece que viene muy de prisa, si tomamos en cuenta que es una señora, y que en todo el camino se le hacen festejos que la obligan á detenerse, y sin embargo, anda diez leguas cada dos días.

— Señor, eso es muy poco, dijo el Delfín tímidamente.

El rey Luis XV contemplaba lleno de asombro aquella impaciencia que no había sospechado.

— ¡ Hola! exclamó con cierta sonrisa burlona; parece que tienes prisa.

El Delfín se ruborizó mucho más de lo que estaba.

— Os aseguro, señor, murmuró, que no es el motivo que V. M. supone.

— Tanto peor; yo quisiera que fuera ese el motivo. ¡ Qué diablo! tú tienes 16 años; dicen que es muy linda la princesa; por consiguiente, ¿ qué extraño es

que estés impaciente? Pero tranquilízate, la Delfina llegará.

— Señor, ¿no se podrían abreviar un poco esas ceremonias en el camino? dijo el Delfín.

— Es imposible. Ella ha atravesado ya sin detenerse dos ó tres pueblos donde debía haber descansado.

— Entonces, ese viaje va á ser eterno. Y además, señor, creo una cosa, se aventuró el Delfín á decir tímidamente.

— ¿Qué crees? Veamos, habla.

— Creo que se hace mal el servicio, señor.

— ¿Cómo? ¿qué servicio?

— El servicio de viaje.

— ¿Cómo dices eso, cuando he enviado 30,000 caballos al camino, 30 coches, 60 furgones y no sé cuántos cajones, de modo que si se colocaran los cajones, los furgones, los coches y los caballos en una sola línea, habría para ocupar el camino desde París hasta Estrasburgo? ¿Cómo puedes creer que con todos esos recursos se hace mal el servicio?

— Pues bien, señor, á pesar de la bondad de V. M., casi tengo la certidumbre de lo que digo; acaso sólo he empleado un término impropio, y en lugar de decir que el servicio se hacía mal, hubiera debido decir que el servicio estaba mal organizado.

El rey levantó la cabeza al oír estas palabras, y fijó sus ojos en los del Delfín, pues comenzaba á comprender que se ocultaban muchas cosas en las pocas palabras que S. A. R. acababa de decir.

— ¿Treinta mil caballos, repitió el rey, 30 coches, 60 furgones, dos regimientos empleados en este servicio!... Quiero que me diga, señor sabio, si se ha visto jamás entrar una Delfina en Francia con un cortejo semejante á este.

— Confieso, señor, que todo se ha dispuesto de una

manera regia, y como V. M. sabe hacer las cosas; pero ¿ha encargado bien V. M. que esos caballos, esos coches y todo ese material, en una palabra, se dediquen única y exclusivamente al servicio de la Delfina y de su comitiva?

El rey miró á Luis por tercera vez; una vaga sospecha acababa de atormentarle; un recuerdo casi imperceptible comenzaba á iluminar su espíritu, al mismo tiempo que notaba cierta analogía confusa entre lo que decía el Delfín y cierta cosa desagradable que acababa de experimentar.

— ¿Me gusta la pregunta! dijo el rey: ¿quién duda que todo eso es para la señora Delfina? He aquí por qué te digo que no puede menos de llegar pronto; ¿pero por qué me miras así? Vamos, añadió con tono firme y que al Delfín pareció amenazador, ¿te divierte acaso estudiar mis facciones como los resortes de tu mecánica?

El Delfín, que abría la boca para hablar, se calló repentinamente á este apóstrofe.

— Pues bien, exclamó el rey con viveza; me parece que no tienes nada que decirme, eh! estás contento, ¿no es verdad?... tu Delfina va á llegar pronto, su servicio se hace perfectamente, eres rico como Crespo, y con solo tu patrimonio, no puede apetecerse más. Ahora, pues, que nada te inquieta, hazme el favor de volverme á montar mi reloj.

El Delfín no se movió.

— ¿Sabes, dijo Luis XV riendo, que tengo tentaciones de darte el empleo de primer relojero de palacio? con sueldo correspondiente, se entiende.

El Delfín bajó la cabeza intimidado por la mirada del rey, y volvió á coger el raspador y la rueda que había dejado sobre el sillón.

Durante este tiempo Luis XV se dirigía pausadamente hacia la puerta.

— ¿Qué diablo querrá decir con su servicio mal hecho? decía el rey mirándole. Vamos, vamos, al fin conseguimos evadirnos de otra escena; se conoce que él está de muy mal humor.

En efecto, tan resignado comunmente, golpeaba con el pie el pavimento.

— Decididamente, murmuró Luis XV riendo, no me queda tiempo más que para huir.!

Pero, abriéndose de pronto la puerta, halló en el umbral al señor de Choiseul profundamente inclinado.

La casa sin gobierno

Luis XV dió un paso atrás al ver tan inesperadamente al nuevo actor que acababa de mezclarse en la escena para impedir su salida.

— ¡ Ah! diablo! dijo para sí; no me acordaba de éste. Bien venido sea, él va á pagar por los demás. ¡ Hola! ¿ sois vos? exclamó. Os había mandado llamar, ¿ lo sabiais?

— Sí, señor, respondió francamente el ministro, y me estaba vistiendo para venir á ver á V. M. cuando recibí la orden.

— Bien. Tengo que hablaros de asuntos serios, comenzó á decir Luis XV frunciendo el ceño, á fin de intimidar, si era posible, á su ministro.

Desgraciadamente para el rey, el señor de Choiseul era uno de los hombres menos intimidables del reino.

— Y yo también, si place á V. M., respondió inclinandose, tengo que hablar de asuntos muy serios.

Al mismo tiempo dirigió una mirada al Delfín medio oculto detrás de su reloj.

El rey se quedó parado.

— También por este lado, dijo para sí; heme aquí cogido en el triángulo sin poder escaparme ahora.

— Debéis saber, se apresuró á decir el rey á fin de descargar el primer golpe sobre su antagonista, que

el pobre vizeconde Juan ha estado á punto de ser asesinado.

— Es decir, que ha recibido una estocada en el antebrazo. Venía á hablar de este suceso á V. M.

— Sí, comprendo, ¿ prevenís el rumor ?

— Me anticipo á los comentarios, señor.

— ¿ Luego conocéis ese asunto ? preguntó el rey con aire significativo.

— Perfectamente.

— ¡ Ah ! exclamó el rey, eso es lo que me han dicho en buen lugar.

El señor de Choiseul permaneció impassible.

El Delfín continuaba examinando una tuerca de bronce, pero, aunque con la cabeza inclinada, escuchaba sin perder una sola palabra de la conversacion.

— Ahora voy á deciros, replicó el rey, cómo ha pasado el suceso.

— ¿ Cree V. M. hallarse bien informado ? preguntó el señor de Choiseul.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso.....

— Escuchamos, señor.

— ¿ Escuchamos ? repitió el rey.

— Sin duda, monseñor el Delfín y yo.

— ¿ Monseñor el Delfín ? repitió el rey, cuyas miradas pasaron de Choiseul respetuoso á Luis Augusto atento : ¿ y qué tiene que ver el Delfín con esa refriega ?

— Es cosa que atañe á monseñor, continuó el señor de Choiseul haciendo un saludo dirigido al joven príncipe, porque se trata de la señora Delfina.

— ¿ De la señora Delfina ! exclamó el rey estremeciéndose.

— Sin duda ; ¿ ignorabais eso, señor ? En ese caso V. M. estaba mal informado.

— ¡ La señora Delfina y Juan Dubarry ! dijo el rey, esto va á ser curioso. Vamos, vamos, explicaos, señor

de Choiseul, y sobre todo no me ocultéis nada, aunque sea la Delfina la que ha herido á Dubarry.

— Señor, no ha sido la señora Delfina, contestó el señor de Choiseul siempre tranquilo, sino uno de los oficiales de su escolta.

— ¡ Ah ! exclamó el rey poniéndose serio, un oficial á quien conocéis, ¿ no es verdad, señor de Choiseul ?

— No, señor, sino un oficial que V. M. debe conocer, si V. M. se acuerda de todos sus buenos servidores : un oficial cuyo nombre, en la persona de su padre, ha resonado en Filipsburgo, en Fontenoy, en Mahón : un Taverner Casa-Roja.

El Delfín aspiró, al parecer, este nombre con el aire de la sala para conservarlo mejor en su memoria.

— ¡ Un Casa-Roja ! dijo Luis XV ; efectivamente conozco ese nombre. ¿ Y por qué se ha batido contra Juan, á quien amo ? ¿ Acaso porque le amo ?... rivalidades absurdas, principios de descontento, sediciones parciales.

— Señor, ¿ quiere V. M. escucharme ? dijo el señor de Choiseul.

Luis XV comprendió que no le quedaba otro medio de salir del atolladero que montando en cólera.

— Os digo, señor, que veo aquí un germen de conspiración contra mi tranquilidad, una persecución organizada contra mi familia.

— ¡ Ah ! señor, dijo el señor de Choiseul, ¿ merece por ventura semejantes reconvenções el joven valiente que defiende á la Delfina, nuera de V. M. ?

El Delfín se incorporó y cruzó los brazos.

— Yo, dijo, confieso que estoy agradecido á ese joven por haber expuesto su vida en favor de una princesa que dentro de quince días será mi esposa.

— ¡ Expuesto su vida, expuesto su vida ! balbuceó

el rey; ¿ por qué causa? es menester saberlo, por qué causa?

— Porque el vizconde Juan Dubarry, que viajaba con demasiada celeridad, quiso apoderarse de los caballos de la señora Delfina en la casa de postas donde debía mudar de tiro; y esto sin duda para ir mucho más de prisa.

El rey se mordió los labios y mudó de color, entreviendo como una fantasma amenazadora la analogía que poco antes le inquietaba.

— No es posible; sé el hecho, vos estáis mal informado, duque, murmuró Luis XV para ganar tiempo.

— No, señor, no estoy mal informado, y lo que tengo el honor de decir á V. M. es la pura verdad. Sí, el vizconde Juan Dubarry ha hecho á la Delfina el insulto de tomar para sí los caballos destinados á su servicio, y ya se los llevaba á la fuerza, después de haber maltratado al maestro de postas, cuando el caballero Felipe de Taverney llegó enviado por S. A. R., y después de muchas intimaciones atentas y conciliadoras.....

— ¡ Oh! oh! gruñó el rey.

— Y después de muchas intimaciones atentas y conciliadoras, lo repito, señor.

— Sí, y yo respondo de ello, dijo el Delfin.

— ¿ Sabéis también eso? dijo el rey lleno de asombro.

— Perfectamente, señor.

El señor de Choiseul, contento con su triunfo, hizo una reverencia.

— ¿ Quiere continuar S. A., dijo, pues S. M. dará sin duda más crédito á la palabra de su augusto hijo que á la mía?

— Sí, señor, continuó el Delfin, aunque sin manifestar al calor que el señor de Choiseul había empleado

en defender á la archiduquesa toda la gratitud que el ministro tenía derecho á esperar de él.

— Sí, señor, sabía eso, y venía para decir á V. M. que no solamente el señor Dubarry ha insultado á la señora Delfina entorpeciendo su servicio, sino también oponiéndose violentamente á un oficial de mi regimiento que cumplía con su deber reprendiéndole por aquella falta de respeto.

El rey meneó la cabeza y dijo:

— Es menester saber, es menester saber.

— Yo sé, señor, añadió dulcemente el Delfin, sin que me quepa la menor duda, que el señor Dubarry ha echado mano á la espada.

— ¿ El primero? preguntó Luis XV, contento porque se le presentaba esta probabilidad de igualar la lucha.

El Delfin se ruborizó y miró al señor de Choiseul, que viéndole embarazado se apresuró á correr en su auxilio.

— En fin, señor, dijo, han cruzado sus espadas dos hombres, de los cuales uno insultaba y otro defendía á la Delfina.

— Sí, ¿ pero cuál ha sido el agresor? preguntó el rey. Conozco á Juan: es manso como un cordero.

— El agresor, según tengo entendido, es el mismo que ha hecho el insulto, dijo el Delfin con su moderación acostumbrada.

— Esa es cosa delicada, dijo Luis XV, ¿ el agresor es el mismo que ha hecho el insulto!... ¿ y si á pesar de eso el oficial ha sido insolente?

— ¡ Insolente, exclamó el señor de Choiseul, insolente contra un hombre que quería llevarse á viva fuerza los caballos destinados á la Delfina! ¿ Es posible, señor?

El Delfin no dijo nada, pero se puso pálido.

Luis XV vió aquellas dos actitudes hostiles.

— Vivo quiero decir, añadió como para enmendar lo que antes había dicho.

— Y por otra parte, añadió el señor de Choiseul, aprovechando aquel paso de retirada para dar un paso adelante, bien sabe V. M. que un servidor celoso no puede insultar ni ofender á nadie.

— ¿ Pero cómo habéis sabido ese suceso ? preguntó el rey al Delfín sin perder de vista al señor de Choiseul, á quien aquella brusca interpelación disgustó tanto que pudo notarse su turbación á pesar del gran esfuerzo que hizo para ocultarla.

— Por medio de una carta, señor, dijo el Delfín.

— ¡ Una carta ! ¿ de quién ?

— De una persona que se interesa por la señora Delfina, y que probablemente considera muy extraño que se la ofenda.

— ¡ Ea ! exclamó el rey, todavía misterios, correspondencias secretas, complós ! He ahí que principian de nuevo á entenderse para atormentarme como en tiempo de madama Pompadour.

— No es así, señor, replicó el señor de Choiseul ; el asunto no puede ser más sencillo, se trata de un delito de lesa Majestad, cometido en la persona de la Delfina. Aplíquese un buen castigo al culpable, y todo estará acabado.

Al oír Luis XV la palabra castigo, vió levantarse á la condesa furibunda y á Chon arisea : vió volar la paz doméstica, cosa que había buscado durante toda su vida, sin hallarla jamás, y entrar la guerra intestina con sus uñas corvas y sus ojos encendidos é hinchados de lágrimas.

— ¡ Un castigo, exclamó, sin haber oído á las partes, sin poder apreciar de qué lado está el mejor derecho ! Un golpe de Estado, una orden !... ¡ Oh ! qué

hermosa proposición me habéis hecho, señor duque ! ¡ en qué hermoso negocio queréis meterme !

— Pero, señor, ¿ quién respetará ya á la señora Delfina, si no se hace un ejemplar severo en la persona del primero que la ha insultado ?....!

— Sin duda, dijo el Delfín, y eso sería un escándalo, señor.

— ¡ Un ejemplar, un escándalo ! dijo el rey. ¡ Oh ! ¡ pardiez ! Haced, pues, un ejemplar por cada escándalo que se reproduce á nuestro alrededor, y pasaré mi vida firmando cartas-órdenes ; á Dios gracias, no son pocas las que firmo.

— Es preciso, señor, dijo el señor de Choiseul.

— Señor, suplico á V. M... dijo el Delfín.

— ¡ Cómo ! ¿ todavía no os parece bastante castigado con la estocada que ha recibido ?

— No, señor, porque podía herir al señor de Taverney.

— ¡ Y en ese caso, qué hubierais pedido ?

— Os hubiera pedido su cabeza.

— No se ha hecho tanto con el señor de Montgomery por haber matado al rey Enrique II, dijo Luis XV.

— Sí, pero el señor de Montgomery mató al rey casualmente, y el señor Juan Dubarry ha insultado á la Delfina con voluntad de insultarla.

— ¡ Y vos, señor, dijo Luis XV volviéndose hacia el Delfín, pedís también la cabeza de Juan ?

— No, señor, no estoy por la pena de muerte ; V. M. lo sabe, añadió dulcemente el Delfín, y portanto me limito á pedir os su destierro.

El rey tembló.

— ¡ El destierro por una disputa de posada ! Luis, sois demasiado severo, á pesar de vuestras ideas filan-

trópicas. Verdad es que sois más matemático que filantrópico, y un matemático.....

— Dignese V. M. acabar.....

— Y un matemático sacrificaría el universo á sus números.

— Señor, dijo el Delfin, yo no aborrezco al señor de Dubarry personalmente.

— ¿Pues á quién aborrecéis?

— Al agresor de la señora Delfina.

— ¡Sois un modelo de maridos! exclamó el rey irónicamente. Por fortuna no me engañan con facilidad. Veo á quién atacan aquí, y veo sobre todó hasta dónde quieren llevarme con todas esas exageraciones.

— Señor, dijo el señor de Choiseul, no creáis que se exagera, el público está verdaderamente indignado de tanta insolencia.

— ¡El público! otro monstruo que os formáis ó más bien que me formáis. ¡El público! ¿por ventura le doy oídos cuando me dice por las mil bocas de los libelistas y de los folletistas, de los cancioneros y de los sediciosos, que me están robando, que se motan de mí, que me venden? ¡Oh! ¡Dios mío! Yo le dejo decir y me río. Haced lo que yo, ¡pardiez! cerrad los oídos, y cuando vuestro público esté cansado de gritar, cesará de chillar. — ¡Ea! ea! ya me hacéis vuestro saludo de descontento; mirad á Luis que me hace su gesto de enfado. ¡En verdad, es cosa particular! que no pueda yo disfrutar lo que disfruta el último de mis súbditos! que no me han de dejar vivir á mi gusto! que han de aborrecer sin cesar lo que yo amo, y amar eternamente lo que aborrezco! ¿Soy prudente ó loco? ¿Soy ó no soy el soberano?

El Delfin volvió á coger su raspador y se entregó nuevamente á su tarea.

El señor de Choiseul se inclinó de la misma suerte que la vez primera.

— ¡Bueno! no se me contesta. Pero responded alguna cosa; voto á cribas! ¿Queréis matarme de pesar con vuestras proposiciones y con vuestro silencio, con vuestros mezquinos odios y ridículos temores?

— Yo no aborrezco al señor Dubarry, señor, dijo el Delfin sonriendo.

— Y yo, señor, no le temo, dijo con altivez el señor de Choiseul.

— Veo que tenéis malas intenciones, exclamó el rey aparentado furor cuando sólo experimentaba despecho; ¿queréis hacerme la fábula de Europa, exponerme á la burla de mi primo el rey de Prusia; en una palabra, que realice la casa sin gobierno de ese bribón de Voltaire? Pues bien; no lo haré, no, no tendréis ese gusto. Comprendo mi honor á mi manera y lo guardaré á mi manera.

— Señor, dijo el Delfin con su inagotable dulzura, pero con su eterna constancia, pido perdón á V. M.; no se trata de su honor, sino de la dignidad de la señora Delfina que ha sido insultada.

— Monseñor tiene razón, señor; una sola palabra de V. M., y nadie volverá á empezar.

— ¿Y quién había de volver á empezar si no ha comenzado? Juan es un tonto, pero no es un malvado.

— Sea, dijo el señor de Choiseul, achaquémoslo á tontería, y que él se disculpe como pueda de su tontería con el señor de Taverny.

— Ya os he dicho, exclamó Luis XV, que nada de eso me concierne; que Juan dé sus disculpas, es muy dueño de darlas, ó que no las dé, si así le place: tiene también libertad para hacerlo.

— El negocio abandonado de esa suerte á sí mismo

hará ruido, señor, dijo el señor de Choiseul: tengo el honor de decirselo con tiempo á V. M.

— Tanto mejor, exclamó el rey: por mucho que sea el ruido que se haga permaneceré sordo, para no oír todas vuestras necesidades.

— ¿Conque me autoriza V. M., respondió el señor de Choiseul con su implacable serenidad, para que publique que da la razón al señor de Dubarry?

— ¡Yo! exclamó Luis XV, yo ¡dar la razón á nadie en un asunto negro como la tinta! decididamente lo que se quiere es arrastrarme al último extremo; ¡oh! guardaos bien, señor duque... Luis, os prevengo por vos mismo, que seáis más comedido conmigo en adelante.... os dejó pensar en lo que os digo, porque estoy ya cansado, desesperado y no puedo más. Adiós, señores, voy á ver á mis hijas, voy á marcharme á Marly, donde tal vez gozaré alguna tranquilidad, si es que no me seguís allá también.

En este momento, y cuando el rey se dirigió hacia la puerta, se abrió ésta y se presentó un ujier en el umbral.

— Señor, dijo, S. A. R. madama Luisa espera en la galería para despedirse de V. M.

— ¡Para despedirse de mí! exclamó Luis XV azorado: ¿y adónde va?

— S. A. dice que V. M. le ha dado permiso para dejar el palacio.

— ¡Vamos, otro acontecimiento! He ahí á mi santurrón que hace de las suyas! ¡En verdad que soy el más desgraciado de los hombres! dijo, y salió corriendo.

— S. M. nos deja sin respuesta, dijo el duque al Delfín; ¿qué dice V. A. R.?

— ¡Ah! ya suena, exclamó el joven príncipe escu-

chando con una alegría fingida ó verdadera las ondulaciones de su reloj puesto en movimiento.

El ministro frunció el entrecejo, y salió hacia atrás de la sala de los relojes, donde el Delfín quedó solo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1425 MONTERREY, MEXICO